

JAIME HUERTAS FERNÁNDEZ

GENERACIONES VENCIDAS



Capítulo I

El cansancio doblegó sus ojos. Había salido de Maturín hacia Caracas cuando todavía el gallo de la casa dormía profundamente. Durante las ocho horas y media que duró el viaje, escasamente pudo cerrar los ojos por más de veinte minutos. En las pocas veces que logró hacerlo, se despertaba alterada porque creía que su esposo se había quedado dormido mientras conducía.

En cuanto hubo llegado al hotel, dejó las maletas y fue con su hija a una peluquería. Permanecieron allí por dos horas: esperaron cuarenta minutos para ser atendidas y un poco más de una hora duraron sus respectivos tratamientos de belleza. Regresaron con prisa al hotel. El proceso para vestirse era engorroso: temían deformarse los peinados; que la pintura de las uñas, algo fresca todavía, les fuera a manchar los vestidos y que el sudor les corriera el maquillaje. Por eso cogían las prendas de vestir lentamente, como si les diera asco. Su marido y uno de sus tres hijos varones que las habían acompañado en el viaje estaban listos y con la paciencia al límite.

Finalmente llegaron al acto y se sentaron todos juntos.

Por más esfuerzos que hizo, se vio obligada a cerrar los ojos. Juró que no se quedaría dormida, que solo descansaría unos

segundos. Al poco tiempo, le pareció que llovía: escuchaba pequeñas gotas que lentamente se transformaban en tormenta, con gritos y silbidos; escampaba rápidamente y no pasaba mucho tiempo para que volviera a escuchar las gotas e inmediatamente reanudaba la tormenta.

Abrió los ojos y luchó para que sus párpados no se cerraran. Creyó que lo había logrado, pero en realidad seguía dormida. Al darse cuenta, pestañó varias veces, como si le picaran los ojos. Los gritos comenzaron nuevamente. Ella se irguió para ver lo que estaba sucediendo.

El auditorio parecía un concurso de popularidad. Los graduandos, sentados en la parte baja del teatro, gritaban, reían y hacían toda clase de comentarios. Entre nombre y nombre, la lluvia de aplausos seguía su ritmo de llovizna a tormenta. Los cuerpos orondos, uniformados con trajes negros, no podían ocultar la emoción del momento.

«Ese nombre me suena», pensó la mujer. Reconoció a la joven que recibía el diploma y las felicitaciones por parte de las autoridades universitarias: era una de las amigas de su hijo.

Llamaron a otro graduando e inmediatamente los aplausos y los gritos apenas dejaban oír. Pequeños grupos se fueron levantando, imitando a los demás; en instantes todos se pusieron de pie, demostrando respeto por la persona que se levantaba para recibir el diploma.

La mujer logró divisar a una anciana de tez oscura que subía las escaleras lentamente. Mientras caminaba, por la abertura de su toga se veían sus piernas desnudas desde las rodillas hasta los tobillos; calzaba unos roídos zapatos marrones; el rojo en sus cachetes y el azul en sus párpados fueron los colores que escogió para maquillarse. Alguien dijo que seguramente iba a trabajar distrayendo niños. La anciana quedó asombrada por tanta demostración de afecto por parte de esas personas, con las cuales nunca trató

y que apenas conocía de vista. Su único vínculo fue compartir el mismo salón de clase. Saturó de aire los pulmones longevos y caminó para recibir su diploma. En el estrado, frente al auditorio y tras una larga mesa, se encontraban de pie varias autoridades universitarias, las cuales presidían a un grupo de profesores que, al ver tanta demostración de afecto, no tuvieron otra opción que levantarse para aplaudir a la desconocida.

—Se graduó la vieja —dijo un muchacho a sus amigos de la fila.

—¡Denle con el título la jubilación! —dijo otro.

—¡Se graduó la vieja ladilla esa! —dijo alguien en un tono más bajo.

—¡Cuántos apuntes pedía, carajo!

—Y cuántas veces no me preguntó a mí, en todos los exámenes, cuando nos ponían por orden de lista. No me dejaba terminar el examen. «Pero, dime, ¡por favor!», me decía la vieja. «Pero, señora, ¿usted no estudió?», le decía yo. Lo peor fue cuando un profesor creyó que yo le estaba preguntando a la vieja. ¡Tú puedes creer eso!

Los comentarios salían de un grupo de seis muchachos que estaban sentados en la misma fila. Uno de ellos quedó asombrado por los aplausos que recibía la mujer. En la universidad, la gente formaba equipos de estudio y nadie había recibido a la anciana en ninguno de ellos; no le hablaban ni la hacían sentir parte del salón. Ella asistía a las clases, se sentaba en un rincón y no hablaba con nadie; salvo aquellas personas que usaban el autobús como medio de transporte y ocasionalmente compartían el asiento con ella; oportunidad que utilizaba la anciana para pedir apuntes difíciles de tomar con un pulso cobarde de energías gastadas. Por esa razón y debido a su edad, era prácticamente rechazada por todos. El muchacho observó que algunas compañeras lloraban de la emoción cuando vieron a la mujer recibir el diploma y así culminar su sueño de ser abogada de la República.

En el segundo nivel del auditorio, la mujer poseída por Morfeo escuchó el nombre de su hijo: Abelardo José Piñango Pérez. Fueron como palabras mágicas pronunciadas por un hechicero que hicieron desaparecer las cadenas de cansancio que apresaban a su obeso cuerpo. Se levantó vigorosa y animada. Sus ojos adoptaron la vista del águila; su nariz, el olfato de un sabueso; su cuerpo, la agilidad de un felino. Todos sus sentidos, dormidos durante años, revivieron en ese momento.

Apenas hubo realizado el primer movimiento para levantarse, los ojos de su madre se clavaron certeramente en él, como garras de gavilán sobre una presa.

Allí estaba: alto, fornido, cabello negro y crespo, un poco chata la nariz, ojos color petróleo, labios gruesos. «¡Mi hijo! —pensó la mujer emocionada. Sus párpados, fungiendo como represas, se desbordaron—. Mi Abelardo, ¡quién lo diría!».

Recuerdos fugaces llenaron su memoria: la menstruación truncada, el marido contento, oblonga la barriga. «Mujer, ese muchacho como que está “parao” allá dentro», le comentaban las amigas. Todas las teorías fallidas vinieron a su mente.

—Ese va a ser atleta —dijo un vecino cuando lo vio caminar prematuramente.

—Ese va a ser músico —arguyó una vecina mientras el niño jugaba con un cuatro.

—¡Va a ser crítico literario! —dijo el padre, orgulloso, cuando el niño vomitó sobre un libro con el que jugaba.

—Sin duda, va a ser policía —opinó una tía cuando vio al niño levantar la manita para saludar a un funcionario policial.

—¡Dios mío!, que no me salga mujeriego —dijo la madre, desesperada, el día en que el niño tocó profundo dentro de la falda de su tía.

Al oír su nombre, dejó de pensar en la anciana y en la hipocresía de algunos de sus compañeros. Se levantó rápidamente,

estrechó con fuerza las manos de los amigos que estaban en la misma fila y caminó con pasos presurosos hasta la corta escalera, subiéndola con pequeños saltos.

Las copiosas miradas que lo seguían implacablemente lo obligaron a moverse en forma cautelosa y mecánica. Respiraba con dificultad, sentíase falto de aire. Su faz parecía lavada con sardonia, tan levantados estaban los pómulos que casi no podía ver, lo cual le producía un dolor profundo en la piel estirada y en los huesos; sintió ganas de bajarlos con las manos para acabar con el martirio, pero la presencia de tanta gente lo hizo desistir. Por más esfuerzos que realizó, no pudo despegar la sonrisa nerviosa que se había apoderado de su rostro.

Llegó frente al rector, recibió el diploma, juntaron sus manos y continuó saludando a las demás autoridades. Todo debía ser rápido, así les habían informado; eran muchos los que se graduaban y el acto no debía durar más de tres horas.

Cinco años de estudios, logros, fracasos, amigas, amigos, novias, profesores mediocres, profesores excelentes, fiestas, apuntes, exámenes y muchas más vicisitudes terminaban en la entrega —en pocos segundos— de un papel duro, largo, en el que aparecía su nombre y la profesión que, ejerciera o no, lo acompañaría para toda la vida.

Concluido el acto, los graduandos lanzaron sus birretes al aire, que como negros coleópteros volaban arrítmicos buscando las luces de las lámparas. Comenzaron las mutuas felicitaciones; entre amigos íntimos los abrazos eran largos y emotivos; entre los menos conocidos, sonrisas y algunos contactos de mano a mano.

Fuera del recinto, los nuevos profesionales se reunieron con sus respectivas familias. Media hora tardó Abelardo Piñango en encontrar la suya. Con un intenso abrazo saludó a su madre, controlando sus músculos para no dejarla sin aire. Luego abrazó a su padre, a quien pudo apretar con más fuerza; seguidamente,

saludó a su hermano y, por último, a su hermana. Antes de irse, se tomaron varias fotografías para dejar petrificado el momento.

Caminaron hasta las escaleras del estacionamiento; el padre le entregó las llaves del carro a su otro hijo. Llevaba la medalla del nuevo profesional sobre el pecho y el birrete en la cabeza; la madre sostenía con fuerza el diploma; su hermana lo tenía tomado por la cintura.

—¡Mi hijo es abogado! —exclamó el hombre—. ¿Ahora quién se va a meter con nosotros? Mañana mismo te doy los recibos de los morosos para que vayas a cobrarles.

—¡Mañana! Muy difícil, querido, pues estarás con un ratón en tu cabeza —dijo la mujer.

—Un ratón no, mamá —dijo la muchacha—, más bien un canguro, porque conociendo a papá...

Todos rieron. Antes de subirse al carro, Abelardo Piñango escuchó que lo llamaban. Al darse vuelta, vio la figura de un gran amigo, Felipe Balsemao, quien le gritó que se verían por la noche, en el hotel donde iba a realizarse la fiesta.

Entraron al carro, un Buick rojo, en el que cabían todos cómodamente. Manejaba su hermano Luis, de veintidós años; a su lado iba el padre; atrás estaban Abelardo, su madre y su hermana Selina, de diecinueve años.

—Tenía como diez años que no venía para Caracas —dijo su padre.

—Porque no quisiste venir hace dos años con Selina y conmigo cuando vinimos a visitar a Lardito —dijo la madre, refiriéndose a Abelardo. De esa forma cariñosa lo llamaba desde que era niño.

—¿Quién atiende el negocio si yo me voy? —dijo el patriarca girando con esfuerzo, su gran barriga no le permitía moverse con soltura.

Continuaron platicando todo el camino hasta llegar al restaurante que habían escogido con antelación.

La familia Piñango era bien conocida en Maturín. El padre era un hombre trabajador que vendía electrodomésticos; su esposa se dedicaba al hogar. Tenían cuatro hijos: tres varones y una hembra. El mayor no los acompañó, se quedó en Maturín para atender el negocio.

Luis, el menor de los varones, estudiaba en aquella ciudad; la hija iba a comenzar una carrera universitaria en Maracay —nadie sabía de dónde le salió la idea de ser veterinaria—.

Abelardo se había criado en una típica familia venezolana de la zona oriental del país: amistades cercanas, mucha bebida, franqueza en el trato, mujeres desde temprana edad, hijos entre adolescentes y mucha fiesta.

Maturín había dejado de ser la pequeña capital del estado Monagas, donde nacieron y se criaron sus padres, ahora era una ciudad grande y compleja que había crecido desorganizadamente, como las demás ciudades del país. En el recuerdo de la gente mayor de cuarenta años habían quedado los tiempos de olvido e indiferencia de esas tierras. Hoy era distinta la situación, pero aún la gente migraba a otras ciudades para estudiar, a pesar de la cantidad de institutos universitarios que se habían creado en el estado.

El padre de Abelardo era un hombre de cincuenta y dos años, calvo, cara redonda, mestizo, alto, conversador y buen contador de chistes. Todo el día estaba feliz. Cuando Baco entraba en su cuerpo, los vapores etílicos lo hacían más cordial, chistoso y propenso a dormirse si la velada pasaba de las dos de la mañana. Cuando comenzaba a estudiar el tercer año de Bachillerato, lo abandonó para no volver nunca más a un liceo como estudiante, solo lo hizo muchos años después para inscribir a sus hijos; no quería que ninguno dejara de graduarse de Bachiller.

Cuando Abelardo pasó al tercer año de la carrera, su padre hizo la mayor inversión de su vida: compró un local de sesenta metros cuadrados en el centro de la ciudad y allí trasladó toda la

mercancía. Su negocio no daba para llevar una vida de lujos, pero nunca faltó comida en la casa, tampoco dinero para medicinas, cumpleaños o cualquier festividad. La rectitud en la vida, en los negocios, en la familia, siempre fueron los consejos que todos recibieron del padre; cada cual lo tomó en la forma que quiso. Él, a su manera, intentó llevarlos siempre por el camino que consideraba correcto.

Con él trabajaban dos de sus hijos. Hernán, el mayor, de treinta y un años —ya era padre de cuatro hijos y tenía dos divorcios—, vivía en casa de sus padres con su novia, quien era diez años menor que él; todas las semanas decía que pronto se casarían. Luis, el menor de los varones, tenía un hijo de dos años y seguía fiel a la soltería. Estudiaba administración en un instituto universitario de la ciudad, era buen bebedor y parrandero. La hermana era la más juiciosa, no daba mayores problemas y fue la mejor estudiante en el Bachillerato.

La madre siempre estaba pendiente de sus hijos, de su esposo, de sus nietos, de sus nueras. Aguantaba con paciencia las malas actitudes de los miembros de la familia. Con frecuencia les preguntaba a Hernán y a Luis por qué no eran como su padre, que, a pesar de ser bebedor y parrandero, nunca la había abandonado ni maltratado; en cambio, ellos trataban inadecuadamente a las mujeres con quienes compartían sus vidas.

Comieron con apetito, prácticamente no habían probado bocado desde la noche anterior. El padre de Abelardo pidió una botella de *whisky*. La mujer se quejó, pues no le gustaba esa bebida. Su esposo le dijo que pidiera vino o cerveza; ella se decidió por la primera opción. Pidió una botella de vino blanco, la cual compartió con su hija. Les recordó a los miembros varones de la familia que tenían una fiesta por la noche y que no se vería bien que llegaran borrachos. Su esposo la calmó, alegando que una botella era poco para tres hombres. Pensaba emborracharse esa

noche; por el momento no tenía la intención de beber más de una botella. En la fiesta lo iba a hacer hasta que el cuerpo aguantase.

Abelardo, el recién graduado, tenía alquilado un cuarto en un apartamento habitado por una señora de sesenta años y una joven de veinte que la atendía y limpiaba las habitaciones. El pequeño cuarto lo había conseguido su madre por medio del periódico. Se vinieron los dos en autobús. Ella lo acompañó a inscribirse en la universidad. Juntos recorrieron los alrededores del edificio donde iba a vivir; conocieron la panadería, el mercado, la farmacia y la parada de los autobuses que iban hacia la universidad. Antes de regresar, dieron un paseo por el centro de la ciudad y utilizaron el tren subterráneo, el cual era un medio de transporte desconocido para ellos.

Su padre, con gran esfuerzo, había pagado todos los gastos del joven mientras estuvo estudiando: matrícula, mensualidades de la universidad, alquiler de la habitación, libros, ropa, comida, fiestas, pasajes en autobús, medicinas; todo lo que estuvo a su alcance menos un carro, no tenía el dinero suficiente para eso. Siempre le decía que, una vez que se graduara y comenzara a trabajar en Maturín, obtendría dinero rápido y él lo ayudaría a comprar un carro usado; con el tiempo podría comprar uno de agencia.

No le fue difícil conseguir amigos desde el primer día: Abelardo era un muchacho simpático y conversador. Todos decían reconocer su origen «oriental». Al pedir explicaciones, le respondían que por su forma rápida y atropellada de hablar. Comenzó a hacerlo pausadamente; la primera semana fue la más difícil porque tenía que recordarse a cada momento de que debía conversar lentamente; antes de un mes había perdido aquel signo distintivo.

Le llamó la atención que, dentro del salón de clase, la gente se agrupaba según el grupo social al que pertenecían. Él no sabía

qué hacer, no era pobre como algunos que vivían en zonas populares, a quienes a veces, al hablar en forma expedita y distraída, se les escapaba un *polque*. Tampoco era de los que tenían un carro, aunque fuese uno modesto de tercera mano, y mucho menos de aquellos que tenían carros último modelo, motos, lanchas y demás medios de transporte con los cuales ostentar ante sus amigos. Por encontrarse en una situación intermedia, podía estar con dos de los grupos; pero al último era difícil entrar, sobre todo, los primeros años. Con el transcurrir del tiempo, los grupos se fueron uniendo un poco más. El más pobre casi no trató con el más rico, aunque se hablaban, intercambiaban diariamente algún comentario jocoso y se ayudaban en los exámenes; pero eso era todo, casi nadie iba a buscar a un amigo que viviese en un barrio o zonas adyacentes por temor a ser robado.

Concluido el primer año de la carrera y al iniciarse las inscripciones para el siguiente, el grupo donde se encontraba Abelardo, constituido en su mayoría por muchachos del oriente del país y algunos de la capital, trataban de permanecer en la misma sección. Era difícil, muchos quedaban con materias pendientes y no podían inscribirse hasta tanto no hubiesen aprobado. El mismo Abelardo, quien fue un alumno de rendimiento medio, estuvo cerca de perder los dos primeros años. Por esa razón debió abandonar a sus primeros compañeros. Aunque continuaba viéndolos y conversaban esporádicamente, nunca la relación volvió a ser la misma. Con los cambios de sección se conocían nuevas personas y el círculo de amistades crecía. Muchos de los que iniciaron la carrera con el joven habían desistido; otros perdieron uno o dos años.

Después de comer fueron al hotel. La madre y la hermana subieron para retocarse un poco antes de ir a la fiesta. El padre no quiso subir y les dijo a sus hijos que lo acompañaran a la piscina

del hotel; los muchachos se negaron, alegaban que se veían ridículos vestidos así.

Decidieron irse al bar. «No le digan nada a su mamá; pero vamos a tomarnos otro», se llevó la mano a la boca, como si sostuviera un vaso. Sus hijos se rieron.

Fueron bien atendidos; sus trajes los hacían ver como hombres de negocios.

El padre quería aprovechar el momento para darles consejos a sus hijos. Uno ya era profesional, el otro estaba en camino de serlo. Se sentó entre los dos.

—Quedan dos años para celebrar tu graduación —dijo el hombre después de probar la bebida.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Abelardo.

—Bien, este año no he tenido problemas con los exámenes.

—Me parece bien —dijo el padre—. Podemos montar una oficina contable-jurídica, ¿qué les parece?

—A mí bien —dijo Luis mientras movía el licor con el dedo índice.

—Yo quiero que ustedes surjan en la vida, que no tengan los mismos problemas que yo tuve, porque, como ustedes saben, a mí la vida me ha sido dura. No me quejo, pero para ustedes será mejor.

—Así será, papá —dijo Abelardo.

—Ahora lo que tenemos que hacer es buscarte una oficina que quede cerca del negocio, así podemos contar contigo para cualquier cosa.

Abelardo no hizo ningún comentario. Pensaba en algunas proposiciones de trabajo que había recibido. Tantos años viviendo sin su familia lo habían cambiado. La capital le gustaba más. Sabía que decepcionaría a su padre al decírselo.

—Te noto pensativo, hijo.

—La verdad es que he tenido varias proposiciones de trabajo aquí.

El padre mostró extrañeza.

—Bueno, hijo, ¿y cómo es eso?

—Me han ofrecido trabajo en tres lugares diferentes. Un profesor, el doctor Salcedo, me dijo que, si quería trabajar en la Fiscalía, él me ayudaba a entrar. También unos amigos quieren abrir un bufete y me dijeron para entrar con ellos y Felipe Balsemao, el de la fiesta, me dijo para hacer negocios juntos.

—¡Negocios!, pero, mijo, ¿usted no se acaba de graduar de abogado?

—Sí, papá, es solo una opción.

—Usted estudió para ser abogado, no para ser comerciante.

—Yo lo sé, pero en la vida uno no sabe en qué termina. Usted siempre dice así.

—En verdad, usted haga lo que más le plazca; pero me parece que si estudiaste todos estos años y ahora no vas a ejercer...

—Es solo una opción. También está la oferta del profesor; a mí no me parece mala.

El padre no insistió, no quería enturbiar el día, en otra oportunidad trataría el asunto con más profundidad. Nunca fue hombre de imposiciones, sino de consejos. El camino que escogieran sus hijos una vez graduados, él lo respetaría.

Se tomaron dos vasos de *whisky* cada uno mientras esperaban a las mujeres de la familia. Antes de salir se lavaron la cara, se arreglaron las camisas, las corbatas y se volvieron a perfumar.

A las ocho de la noche llegaron a la fiesta, la cual había sido preparada por la familia de Felipe Balsemao. Se les acercó un joven con levita roja y pantalón negro, quien les preguntó hacia dónde se dirigían. Abelardo le dijo que a la fiesta de graduación. El joven extendió la mano en señal de cortesía para indicarles el camino.

Fueron recibidos por el padre de Felipe. Era un hombre bajo, rojizo, rasurado y con el rostro lleno de arrugas. Se notaba incómodo con el traje, no dejaba de halarse los puños de la camisa y parecía que le picaba el cuello.

Inclinó un poco la cabeza —el gesto parecía copiado de una película clásica—, extendió la mano pequeña y musculosa, dirigiéndola hacia el padre de Abelardo mientras decía:

—Usted debe ser el padre de Abelardo —apenas se le pudo entender, su marcado acento portugués no lo había abandonado en los cuarenta años de vida en el país.

—Mucho gusto —respondió cordialmente—, Abelardo Piñango, para servirle.

—¡Ah! Yo también le puse mi nombre a mi hijo —dijo el hombre sonriendo.

—Alguien en la familia debe llevar el nombre de uno, ¿no le parece?

—Estoy de acuerdo con usted. Pasen adelante.

Luego, dirigiéndose a Abelardo, le dijo:

—¡Felicitaciones! A trabajar ahora, mira que la vida no es fácil. Abelardo le estrechó la mano.

Entraron al salón, el cual estaba dispuesto para recibir hasta cien personas. No había más de setenta, se veían algunas mesas vacías.

Una vez ubicados, el padre hizo un movimiento con la mano para llamar la atención de un mesonero.

—*Whisky*, amigo —dijo.

—¡Ya vas a empezar a beber! —dijo su esposa.

—Mujer, se graduó Abelardo, ¿cómo hacemos? Hay que celebrar —dijo el hombre encogiéndose de hombros—. ¿No es así, Luisito?, ¿no estás de acuerdo con tu papá?

—¡Claro que sí! —dijo Luis, frotándose las manos.

Pocos minutos después se acercó a la mesa Felipe. Era un joven de veintiséis años, blanco, de nariz filosa, ojos café, delgado y de cabello negro. Vestía un elegante traje azul oscuro. Saludó con un abrazo al padre y al hermano de Abelardo y con un beso a la madre y a la hermana.

No conocía a ninguno de ellos, pero se trataron como si hubiesen sido vecinos toda la vida.

La amistad de Felipe Balsemao y Abelardo Piñango comenzó dos años atrás, cuando ambos coincidieron en el mismo salón.

Felipe trabajaba en el supermercado de su padre, por esa razón casi no asistía a clases. Perdió el primer año de la carrera y los dos siguientes no los llevó muy bien. En el cuarto año entró a una sección donde no conocía a nadie. Las personas se mostraban reacias a compartir apuntes con un desconocido. Él lo entendía, por lo tanto, no insistía. Un día vio a un muchacho conversador, simpático y que conformaba un equipo de estudio con unas muchachas. Se le acercó sin mayor protocolo y le dijo su problema: tenía dos semanas sin asistir a clases y no tenía ningún tipo de apuntes. Inmediatamente el muchacho, llamado Abelardo, le dio una gran cantidad de fotocopias. Después de una semana de divagaciones, de esperas y promesas no cumplidas, ese joven le entregaba los apuntes sin mediar palabras. No le preguntó nombre, dirección ni le pidió plazo para que se las devolviera. Felipe se presentó y Abelardo hizo lo mismo. Desde ese día fue creciendo una gran amistad.

Ese solo hecho hizo que Felipe sintiera admiración y aprecio por aquel joven. Sabía reconocer las cualidades de las personas. Pensó que sería bueno profundizar la amistad entre ambos.

Aunque eran personas distintas: uno del interior, de clase media baja, y el otro nacido en la capital, de una familia con dinero, la amistad se hizo cada vez más fuerte. El último año,

Felipe buscaba diariamente a Abelardo en la puerta de su edificio para ir juntos a la universidad.

Desde el primer día, sintió que ese muchacho desentendido del egoísmo era una gran persona. Trataba a todas las muchachas, desde la más hermosa hasta la más fea, la gorda o la flaca, la habladora o la callada. Era querido en el salón por su actitud abierta.

Luego de saludar a la familia de Abelardo, abrazó a su amigo.

—¡Hermanito, nos graduamos! —dijo Felipe muy alegre.

—Ya estamos listos. ¿Y los demás?, ¿no vienen?

—Deben llegar más tarde, creo que Samuel iba a comer con la familia y luego venía.

El padre de Abelardo se acercó a los jóvenes con su bebida en la mano.

—Me dice Abelardo que tú quieres montar un negocio con él.

—Montar un negocio no, don Piñango.

—No me digas «don», no me gusta esa palabra.

—Señor Piñango pues.

—Eso suena mejor, es que eso de «don» me suena a los Andes, a Colombia, tú sabes que por aquí no nos tratamos así, pero volviendo al tema, ¿cuál es el negocio?

—Negocio en sí no es. Me refiero a buscar negocios.

—Pero ¿tú no trabajas con tu padre?

—Trabajo en el supermercado, pero quiero otra cosa, ese es un trabajo de esclavos. Se levanta uno en la madrugada, cierra de noche y, para colmo, abre los domingos.

—¡Los domingos también! —dijo el padre de Abelardo, enarcando las cejas.

—Sí. Mi papá es un adicto al trabajo.

—¡Carajo! ¡Por eso los portugueses tienen plata!

Los tres rieron.

—Pero, en fin, ¿cómo es la cosa?

—Es buscar negocios por ahí. Tengo un amigo que está pegadito en la campaña presidencial.

—Eso está bueno —aprobó el padre de Abelardo.

—Precisamente, no es muy político, pero bueno, el hecho es hacer negocios.

—Me parece bien. Si es con la intención de entrar a un partido político...

El padre de Abelardo quedó satisfecho con la explicación. Todo lo que fuera con la política estaba bien para él. Sentía apego a un partido político y quería que sus hijos hicieran lo mismo.

A las dos de la madrugada cerró los ojos. Había caminado por todas las mesas, saludado a cuanto desconocido se le puso enfrente, comentándole que su hijo se había graduado con Felipe. La gente reaccionaba al escuchar ese nombre, todos eran amigos o familiares de los Balsemao. Con su cordialidad, el patriarca de los Piñango se ganó a la gente; sacó todos los chistes de su colección y cuanto comentario jocoso se le ocurrió en el momento. Hacía que la gente se riera, de algunas mesas no lo dejaban levantarse; él se escabullía, alegando que debía saludar a unos amigos, y de esa forma estuvo toda la noche. En la mesa donde había portugueses, los chistes eran de gallegos; donde vio venezolanos, los chistes incluían a los portugueses. Por más embriagado que estuviera, mantenía la prudencia. Fue feliz e hizo alegrar a muchos invitados.

—Deben ser las dos —dijo la señora Piñango.

—¿Por qué lo dices? —preguntó la hija.

—¿No ves a tu papá?

La joven sonrió al ver a su padre peleando contra el sueño. Estaba borracho, con una sonrisa que no desaparecía de sus labios. Era imposible saber qué pensaba, pero seguramente tenía relación con su hijo, el abogado. Hasta donde el padre sabía, era el primer profesional tanto en su familia como en la de su esposa.

Los Piñango se fueron al hotel. Abelardo se quedó en la fiesta, Felipe lo llevaría a su casa cuando esta terminara. La madre se despidió diciéndole que fuera a mediodía para almorzar.

El salón de fiesta estaba casi vacío. Habían llegado dos compañeros más. Se sentaron juntos para conversar de aquellos días tan cercanos y lejanos a la vez en que eran estudiantes universitarios.

Abelardo llegó al apartamento a las cuatro de la mañana. Lentamente abrió la puerta para no hacer ruido.

Era un inmueble pequeño, de dos habitaciones más una habitación para el servicio. Al entrar, lo primero que había era una mesa redonda de madera con cuatro sillas; seguía una sala con un viejo sofá rojo y dos poltronas del mismo color, que cabían con dificultad, y una alfombra verde. Las paredes blancas estaban cubiertas con pequeños cuadros guindados sin orden. Al fondo estaba el balcón, con una mecedora, gran cantidad de matas y una jaula tapada con un trapo amarillo para que los dos periquitos no pasaran frío por la noche.

Con pasos parsimoniosos y tambaleándose, se dirigió a su habitación. Al pasar la mesa del comedor, había un pequeño pasillo que comunicaba con dos cuartos; uno era de la señora Adelfa, la dueña; el otro, de la muchacha que la ayudaba; al fondo había un baño, el cual compartían. Frente al pasillo estaba la entrada de la cocina. Abelardo entró a la cocina y llegó al lavadero; del lado derecho quedaba su cuarto. Era pequeño, apenas cabían una cama estrecha, una pequeña biblioteca de dos repisas, un armario y una silla que usaba para colocar su ropa usada antes de lavarla; al fondo había otra puerta que daba a un diminuto baño.

Al entrar, vio una sombra sobre la cama. Allí estaba la muchacha que ayudaba a la señora Adelfa. Abelardo quedó sorpren-

dido, con el habla entrecortada le preguntó qué hacía allí. La muchacha, ataviada con un camisón blanco y ancho que dejaba ver uno de sus hombros, se levantó.

Al encender la luz, la joven hizo un gesto de molestia y se llevó la mano sobre las cejas.

—Te estaba esperando —dijo en voz baja.

—¿Y la señora Adelfa?

—Durmiendo. Esperé dos horas y luego me vine para acá.

—Es mejor que te vayas.

—¿No quieres nada conmigo? —Puso una rodilla sobre la cama.

—Te dije el otro día que me iba a ir pronto y esto se iba a acabar.

—Yo lo sé, pero... —Ella dio unos pasos hacia él—. ¿No me quieres?

—Siempre te he dicho que yo no te quiero, que lo nuestro... tú sabes bien qué era. Yo nunca te he mentado.

—Yo lo sé, pero, si te vas a ir, me gustaría estar contigo esta noche.

—Ya no queda noche, dentro de una hora va a amanecer.

—Ya lo sé, pero doña Adelfa no se levanta temprano.

—Mejor vete —le dijo, suavizando un poco la voz. Su aliento etílico bañó a la joven.

La muchacha, con un ligero movimiento de los hombros y ayudada por una mano, se quitó el camisón. Él miró su figura. Ella lo ayudó a quitarse la ropa.

Abelardo estaba saciado de aquel cuerpo. El día que llegó al apartamento, la señora Adelfa le presentó a su criada. Tenía catorce años y era casi analfabeta. La dueña del apartamento la trajo de un viaje que había hecho el año anterior para visitar a unos familiares en los Andes. La idea era que ayudara con la limpieza, pues ella era viuda y jubilada del Ministerio del Trabajo. A cambio, la educaría en un liceo.